

¡Oh! miente quien dice que velas traidora  
Cubriendo del crimen el réprobo afán,  
Que aguardan inpuetos tu luz bienhechora  
Los que al sol fraguando delitos están.

No, no eres ¡oh luna! la lámpara opaca  
Que trémula vierte siniestra su luz  
En bóveda impura do nunca se aplaca  
El alma á quien prensa su losa y su cruz.

No, no eres la tea que alumbró maldita  
Las manchas de sangre de regio panteón,  
A cuyos reflejos soñando se agita  
Aun de ella sedienta rabiosa vision.

No, no eres la hoguera del gran sementerio  
Que guarda el del mundo secreto final,  
Que en esa morada de sombra y misterio  
Sus ráfagas tiende la luz infernal.

No vienen contigo las voces medrosas  
Que hierven, y turban la sombra do quier;  
No vienen contigo las nieblas odiosas  
Que doblan el ruido, y nos roban el ver;

No vienen contigo los vagos ensueños  
Que acosan y hieren el ruin corazón,  
Las torvas fantasmas de tétricos ceños  
Que cruzan los aires en pos del turbión.

Tú vienes tranquila, fugaz, solitaria,  
Cual blanca creencia de casta niñez,  
Cual ángel que espía la triste plegaria  
Que eleva al emperio llorosa vipez.

Tú cruzas el limpio y azul firmamento,  
Fanal de consuelo, de paz y de amor,  
En alas de suave balsámico viento,  
Que arruga las aguas y mece la flor.

Y vienen contigo los sueños de plata,  
Las lindas quimeras de antiguo placer,  
Las sombras queridas que alegre retrata  
La mente olvida del duelo de ayer.

Y vienen contigo las mágicas citas,  
Los besos que espiran del labio al salir,  
Las bellas historias de efimeras cuitas  
Dichas á una reja que tercen abrir.

Y vienen contigo las dulces memorias,  
La audaz esperanza, la gloria inmortal,  
Fantásticas luces que van ilusorias  
Al soplo espirando de ráfaga real.

¡Ah, todo es consuelo, regalo y ventura,  
Fanal misterioso, delante de tí!  
Suspiran las fuentes, el río murmura,  
Aquí te gorgean, te arrullan allí.

Los juncos se mecen, los árboles suenan,  
El bosque se puebla de sombra de paz,  
Y el aire sonidos dulcísimos llenan  
Que lleva invisible la brisa fugaz.

¡Luna! cuántas veces tu luz ha alumbrado  
Mi larga vigilia, mi breve ilusion;  
¡Luna! cuántas veces con ella ha sonado  
Perdida en el viento mi triste cancion.

Y aún cuántas veces allá todavía  
En playas remotas tal vez sonará.  
Entonces ¡oh luna! la cítara mía  
¡Qué oído en sus ayes ó risas tendrá!

Tal vez entre el rocío menudo ramaje  
Que ciñe del ancho desierto lindal  
Responda á mis voces una ave salvaje  
Huyendo á lo largo del sece arenal.

Tal vez á la orilla del mar tempestuoso  
Tu pálida imágen por él seguiré;  
Tal vez con las ondas del mar proceloso  
Mis lágrimas turbias mezclarse veré.

Y acaso mis ojos, del agua que broten  
Por entre el ardiente confuso cristal,  
Verán sin que nunca sus fuentes se agoten  
Huir por los cielos tu errante fanal.

¡Luna! si esa noche de angustia llegara,  
Si huyera esquivando mi pueblo español,  
¡Luna! mas valiera que el sol te prestara  
Un rayo que apague mi gloria y mi sol.

Mas no, clara y celeste peregrina  
Luz de los bosques, de los tristes luz,  
A cuyos rayos el amor camina  
E invoca el justo al que murió en la cruz.

No, blanca reina de la turbia noche,  
Amiga del caniar del trovador.  
Tú que refrescas el modesto broche  
Que á tu luz plega la silvestre flor;

Tú me darás magníficos cantares,  
Grandes como tu Dios y como tú,  
Como esos que del cielo luminare  
Orlan los pabellones de tisú.

Tú inspirarás á mi sonante lira  
El fuego del profeta que lloró  
El peligro de Pérgamo y Thyathira,  
La rebelde impiedad de Jericó.

Tibia, modesta, fugitiva luna,  
Cuya rápida y tímida ilusion  
Pinta el mar, y el arroyo y la laguna  
En vistosa y flotante aparicion;

De cuya imágen en redor tranquila,  
Allá en bosques de conchas y coral,  
De errantes peces multitud se apila  
Que te besan tu imágen de cristal;

Tú, á quien un ángel invisible guía  
Y millares de estrellas van en pos;

Tú me darás palabras de armonía  
Con que cantar la gloria de tu Dios.

Lejos de mí los velos de esa Diana  
Que, del bosque en la oscura soledad,  
En brazos de un mortal busca profana  
Misterios de placer y liviandad.

Lejos de mí los cánticos impuros  
De ese bello y perdido cazador  
Que los valles audaz cerró seguros  
Con barreras de fábulas de amor.

Yo te adoro, magnífica lumbrera,  
Tan solo por tu tibia brillantez,  
Y no veo en tu espléndida carrera  
Mas que la mano del Eterno juez.

Surca ¡oh luna! esos techos de topacio,  
Que él te señala por camino á tí,  
Mientras que preso en reducido espacio,  
Su voz espero cuando venga á mí.

A mí, que ingrato y prófugo poeta  
Creo en el Dios á cuyo soplo fué  
Cuanto en la tierra y en la mar vegeta,  
Cuanto no he visto ni jamás veré.

¡Ah! cuando el mundo en su erial desierto  
Me dé un lecho de tierra en que dormir,  
Y vayan presa del destino incierto  
Conmigo mis cantares á morir,

¡Oh luna! si en mi túmulo no brilla  
De humana gloria la estinguida luz,  
Cuelga al menos tu lámpara amarilla  
Sobre su rota y olvidada cruz.

#### HORIZONTES.

##### I.

Lanzó el mundo en mitad de las tinieblas  
El soplo del Señor, y empezó el mundo  
A rodar en un piélago de nieblas  
Cercado del silencio mas profundo.  
Miró la creacion el que la hizo,  
Mas no le satisfizo;  
Y rasgando sus negras colgaduras,  
Sacudió con su planta el firmamento;  
Brotó una chispa, se inflamó en el viento,  
Y el sol se derramó por las alturas.

##### II.

“Tú girarás, le dijo, eternamente;  
Cuatro estaciones marcarás iguales,  
Y será tu fanal resplandeciente  
La sombra de mis ojos inmortales.”  
Giró el sol, y á su vista alborozado  
El mundo iluminado

En himno universal rompió sonoro;  
Y cuanto tuvo un soplo de existencia,  
Exhaló sonoro en su presencia  
Música dulce en acordado coro.

##### III.

Mecióse el mar con colosal murmullo;  
El viento resonó por las montañas;  
Murmuró el bosque soñoliento arrullo,  
E hirió el arroyo sus sonantes cañas.  
Ensayaron sus cánticos las aves,  
Armoniosos y graves  
Los acentos del hombre resonaron;  
Y con notas mas roncadas y severas  
Su voz alzaron sin compas las fieras,  
Y los ecos salvajes la imitaron.

##### IV.

Fuente de luz y manantial de vida,  
El sol fecunda nuestra madre tierra,  
Y en arroyos el llano convertida  
Vierte la nieve que apiló en la sierra.  
Brotan á su calor yerbas y flores,  
Sus manchas y colores  
Da á cuanto dora con su lumbrera pura,  
Y mil insectos que las auras hienden  
A separar solícitos atienden  
Del sémén vírgen la semilla impura.

##### V.

Mas ó vacilan mis cansados ojos,  
O yo he visto en Oriente y en Ocaso  
Lagos de sangre cuyos pliegues rojos  
Al sol alfombran el gigante paso.  
Y jamás comprendió mi entendimiento  
El misterio sangriento  
Que ese color del horizonte vela.  
Y por mas que lo pienso y lo medito,  
Nada el arcano que conserva escrito  
Ese renglon de sangre me revela.

##### VI.

He visto al sol posarse en el Oriente  
Al derramar su esplendorosa lumbrera,  
Y le he visto posar en Occidente  
Al trasponer la postrimera cumbre.  
Magnífico á su vuelta y su partida,  
Su marcha y su venida  
Mucho y absorto cada vez contemplo:  
El recoge sus rayos ó los suelta,  
Y siempre á su venida y á su vuelta  
De Dios concibo al universo templo.

##### VII.

Sí, siempre posa un punto en el Oriente  
Y otro punto al doblar la última cumbre,  
Mas siempre ciñe en su alba y su Occidente  
Banda sangrienta su radiante lumbrera.

Entrambos los crepúsculos clarean  
Mientras al sol rodean  
Ráfagas anchas de color sangriento,  
Y al irse y al venir, su última tinta,  
Ese triste color siniestro pinta  
En el confin del azulado viento.

## VIII.

¿Qué guarda ese rojizo cortinaje  
En los remates de la luz prendido?  
¿Un torbellino no hay que le desgaje  
Si á alcance de los vientos va prendido?  
Si es un vapor que se desprende lento,  
Espeso y turbulento  
De la esencia del sol, ¿en su camino  
No hay solícito un ángel, cuyo brazo  
Arranque de la luz ese pedazo  
Que mancha al sol su resplandor divino?

## IX.

Si es de los aires ilusion dudosa  
Que la distancia en el azul suspende,  
¿Por qué no pinta su ilusion de rosa,  
Y no ese rojo pabellon que ofende?  
¿Necio de mí, gusano de la tierra,  
Que quiero lo que encierra  
Saber el mundo en su invisible centro,  
Y demando á su autor omnipotente,  
Cuando nació á adorarle solamente,  
Y para amarle por do quier le encuentro!

## X.

Al hundirse la luz detras del monte  
Sorbida entre las nubes y las breñas,  
Lumbre vomita el trémulo horizonte,  
Que en sangre tñe las enormes peñas.  
Faja de sangre, inmensa banderola  
Que en su alcázar tremola,  
El que hizo el mundo de ceniza vana,  
Cual rojo lienzo que pirata osado  
Desplega ante el bajel atribulado  
Que á todo trapo por huir se afana.

## XI.

Que era el sol un espejo trasparente  
Donde el Señor su creacion veia,  
Y desde él derramaba omnipotente  
Dulce vida de amor y de armonia.  
Y hubo un instante en que amoroso quiso  
Al hombre abrir su santo paraiso  
Tras aquella existencia de ventura;  
Mas á Dios usurpando su derecho  
De deshacer lo hecho,  
Sangre virtió la necia criatura.

## XII.

La tierra se manchó: Dios, indignado  
Quitóse del cristal, y su reflejo

Pintó la mancha y sombreó el espejo.  
Volvió asimismo Dios al sol mandando:  
"Tú seguirás rodando,  
Su raza alumbra, y que lidiando crezca,  
La tierra empape con su sangre impura,  
Mas cuando quede con la sangre oscura  
No la reflejes mas, y que perezca."

## XIII.

Dijo Dios, y cerróse en su santuario,  
Y al rudo golpe que sus puertas dieron  
La madre tierra con impulso vario  
Monstruos sedientos de matar cubrieron.

## XIV.

Nino, Nembrot, Sesostris y Cambises,  
De sangre á Egipto con furor regaron;  
Alejandro, Conon, Jerges y Ulises,  
En sangre á Grecia sin piedad bañaron;  
Grecia tragó al Egipto, á Grecia Roma,  
Y en Roma, que desploma  
Sus legiones do quier, y ansiosa apila  
Montones de coronas sin cabezas,  
Metió á pisar su gloria y sus grandezas  
Su negro palafren el torvo Atila.

## XV.

¿Y eso es la gloria y las hazañas eso!  
Los héroes nacen, y la tierra tinta  
Por do queda su pié con sangre impreso  
La negra mancha en el espejo pinta.  
Venid, guerreros, degollad sin tino,  
Que el sol va su camino  
La luz menguando sin cesar siguiendo,  
Y cada estatua á vuestra gloria alzada  
Es una sombra que la luz menguada  
Del moribundo sol va carcomiendo.

## IMPRESIONES DE LA NOCHE.

Hay pensamientos que en la mente viven  
En un rincon de la memoria echados,  
Cual los insectos que su sér reciben  
De los arbustos á que están pegados.

Duermen al parecer, mas como aquellos  
Al soplo de una brisa se levantan,  
Crecen, vuelan, y al fin toman, cual ellos,  
Formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo y de la fé contrarias,  
Vagas visiones de la noche umbria,  
Bullir las vemos en la niebla fria,  
Nada en la esencia y en la forma varias.

Quimeras que hallan siempre en la memoria  
Silenciosa mansion, gracias postizas,

Y que reciben faz, cuerpo é historia,  
En los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas,  
Y con murmullos infinitos sueñan,  
En las alas del viento van livianas,  
Y el alma, el viento y el espacio llenan.

¡Paso, de cieno fábulas impuras!  
Paso dejad al noble pensamiento,  
Que anhela respirar auras mas puras  
En el cóncavo azul del firmamento.

¿Piensas, turba de sueños impostora,  
Hacerle por el miedo tu vasallo,  
Como al són de la fusta cimbradora  
Ginete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones:  
Si el corazon cobarde os dió aposento,  
Hoy necesita, imbéciles visiones,  
Todo mi corazon mi grande aliento.

Con la noche venís, y osais con ella  
Turbar al corazon que en paz reposa;  
Mas de la noche en el poder se estrella  
Vuestro poder y ciencia mentirosa.

¡Paso! mis ojos en su azul tendidos  
La paz que le robais otra vez hallan,  
Y en los misterios de la fé perdidos  
Vuestros misterios de impureza callan.

Para lanzar vuestra influencia impía  
A la influencia celestial acudo,  
Y de la noche silenciosa, umbria,  
La solitaria inmensidad saludo.

## I.

¡Salve! tienda magnífica, colgada  
De polo á polo sobre el aire manso,  
Del caduco universo destinada  
A proteger el funeral descanso.  
¡Salve á quien mora en la escondida altura  
Detras de esa estrellada colgadura!  
¡Salve á quien vela el agitado sueño  
De esos gusanos que, á sus piés tendidos,  
Manchan con sus alientos corrompidos,  
La orla imperial del manto de su dueño!

## II.

Sí, que á mis ojos se resiste en vano  
De la insondable eternidad el velo,  
Y yo veo, Señor, tu inmensa mano  
Tras el azul del trasparente cielo.  
Infinita, Señor, tu omnipotencia,  
Infinito el abismo de tu ciencia,  
Infinito tu sér, y tú infinito,  
No HAY MAS QUE TU; y tu soplo poderoso  
Que anima el mundo, presta generoso  
Vida á la alma virtud, vida al delito.

## III.

Que tú amasando el polvo de la nada  
Con tu suprema voluntad un día,  
Diste al hombre esta espléndida morada,  
Igual para el que fué y el que sería.  
"¿Quieres vivir?—tu aliento es el espacio.  
¿Quieres tener?—el orbe es tu palacio.  
¿Quieres mandar?—al señalarle nombre  
Puedes gozarlo é invadirlo todo.  
Yo que á mi gloria te saqué del lodo  
Fé y libertad te doy," dijiste al hombre.

## IV.

Y el hombre fué; y el hombre envanecido,  
Olvidando al Señor que le formara,  
No partió por igual lo recibido,  
Se armó insolente y le volvió la cara.  
Oidos dando al corazon villano,  
El hermano lidió con el hermano,  
El hijo con el padre en torpe guerra  
El alma en las entrañas se buscaron,  
Y uno de otro en la sangre se bañaron  
Por un pié mas de la heredada tierra.

## V.

De tu obra entonces, gran Señor, corrido,  
Ingrata viendo á tu mejor hechura,  
Sobre el mundo tendistes ofendido  
La espesa sombra de la noche oscura.  
Volviéndote á tu carro rutilante  
Empuñaste las bridas de diamante;  
Tus cabellos de fuego se lanzaron  
Por el espacio, y caminando á oscuras  
El choque de sus recias herraduras  
Miles de estrellas en su azul brotaron.

## VI.

Al ceño de tu cólera divina  
Los mundos con pavor se estremecieron:  
Confundióse su esencia peregrina,  
Y las miserias y la muerte fueron.  
Brotó la tempestad. Sorbió el nublado  
Las ondas de la mar, y desbocado  
En hombros cabalgando de las nieblas  
Su pedrisco do quier vertió sin tino,  
Y berrando los lindes del camino  
Tierra y mar embozó con las tinieblas.

## VII.

¿Quién osará, Señor, en la memoria  
La idea renovar de tu honda ira?  
El mundo sabe la tremenda historia,  
Y aun al mentarla de terror suspira.  
La obra de tu poder atropellando,  
Seguías tú la creacion cruzando,  
Sin término, ni objeto, ni vereda,  
Y tus ojos, Señor, relampagueaban,

Y las nubes errantes reventaban  
De tu carro inmortal bajo la rueda.

## VIII.

Todo cayó á tus piés; todo en pedazos  
A volver se aprestó á su antigua nada;  
Pero su polvo tropezó en tus brazos,  
Y á ser tornó la fábrica empezada.  
Te volviste á mirar sobre tus huellas,  
Y al ver que de tus ojos las centellas  
Lo iban todo á incendiar, compadecido  
La noche hiciste, que tendió en el cielo  
Su pabellon azul de terciopelo  
Que en medio del zenit quedó prendido.

## IX.

Tras él está velando tu pupila:  
Mansa tras él la creación pasea,  
Y el universo de terror vacila  
A su gran resplandor si pestanea.  
Las nubes con su luz se tornasolan,  
El Oriente y Ocaso se arrebolan  
Con sus puros y espléndidos colores,  
Y á su dulce calor se alza indecisa  
La perfumada y soñolienta brisa  
Que susurra en la yerba y en las flores.

## X.

Salve otra vez, magnífica cortina,  
Que ante los ojos de tu Dios colgada  
La lumbré de sus ojos te ilumina  
Sobre el desierto del dolor plegada!  
Yo sé en mi corazón, noche sombría,  
Que es tu manto de rica argentería  
Prenda de que nacimos sus vasallos;  
Que al salpicarte Dios con tus estrellas  
Nuestro orgullo alumbró con las centellas  
Que brotan de los piés de sus caballos.

## FE.

## I.

"En manos del placer adormecido,  
Sin otro porvenir que los placeres,  
El oro y las mujeres  
Mi solo Dios y mi esperanza han sido.  
¡Lindas quimeras de mi edad pasada  
Que me dejais el alma emponzoñada!  
Decid, ¿dónde habeis ido?"

"Lancéme á los deleites avariento,  
Goceé con ansia y apuré su hartura;  
Mi Dios y mi ventura  
Asentó en el placer mi pensamiento.  
Otro esperar mi corazón no quiso;  
Y hoy ¿dónde hallar el dulce paraíso  
Que edificué en el viento?"

"¿En dónde estás, riquísimo tesoro  
De placer y de amor, lánguida Elvira,  
Con cuyo amor respira  
Mi corazón, y cuya sombra adoro?  
Elena, Inés... bellísimas traidoras,  
¡Ay! ¿qué habeis hecho de mis dulces horas  
Y mis montones de oro?"

"¿Qué he de hacer sin vosotras y sin ellos,  
Solo afán ¡ay de mí! con que he vivido,  
Solo Dios que he creído?  
Fé de mi juventud, delirios bellos,  
¿Qué he de creer de esperar ahora  
Que tornándose van hora por hora  
Mas blancos mis cabellos?"

"¿Y do encender la lámpara apagada  
De mi dudosa fé, do ir por consuelo,  
Si yo del santo cielo  
En el escrito azul no sé leer nada?  
¿Si en su vieja impiedad endurecida  
No vé tras dél el alma envilecida  
Su fin y su morada?"

"Imposible creer! pero ¡ay! ¿cuán duro  
En duda pertinaz ir caminando  
Sin creencia esperando  
Un negro mas allá nunca seguro!  
¡Ay del que nada cree y en nada espera,  
Y no encuentra una luz que alumbré fuera  
De caos tan oscuro!"

"No, no me sé amparar del cielo santo,  
Que perdon no tendrá tanto delito:  
Del castigo infinito  
Si me lo atrevo á imaginar me espanto.  
¡Mejor es no creer! Triste es la duda,  
Mas no hay puerto mejor adonde acuda  
Por entre escollo tanto."

Así pensó el ateo, y cuán en vano!  
Que al olvidar su celestial esencia  
De la tenaz conciencia  
Dentro del corazón sintió el gusano.  
Tornóse al cielo en su árida agonía,  
Mas nada en él deletrear sabia  
Su corazón profano.

Ciego que sabe que la luz existe,  
Que oye elogiar el resplandor del cielo  
Y no le es dado desgarrar el velo  
Que ante sus ojos á la luz resiste,  
¡Mira! le dicen, y en su audaz deseo  
Tórnase á ver y esclama: *nada veo!*  
Desesperado y triste.

"¡Mejor es no creer!" Y abandonado  
Sin esperanza en brazos de sí mismo  
Por el oscuro abismo  
De la duda fatal va despenado:  
"¡Mejor es no creer!" Y en su agonía

Siente que llega el postrimero día;  
Y ¡ay del si se ha engañado!

¡Ay del jardín donde las zarzas crecen!  
¡Ay del palacio que las aves moran!  
Y ¡ay de los siervos que piedad imploran  
Cuando en presencia del Señor parecen!  
Y ¡ay! ¡ay de los que cruzan el desierto,  
Y no conocen el camino cierto,  
Y en la mitad del arenal perecen!

## II.

Espíritu blanco y puro  
Que con tu fanal seguro  
Por el lóbrego recinto  
Del mundano laberinto  
Mis pasos guiando vas;  
Ángel que invisible velas  
Mi existencia, y me consuelas,  
Y en la noche sosegada  
A la orilla de mi almohada  
Mi sueño guardando estás;

Tú que con alas de rosa  
De mi mente calurosa  
Benigno apartas y atento  
El mundano pensamiento  
Y la torpe tentación,  
¡Ay! ¡nunca de mí te alejes,  
Nunca en soledad me dejes  
Sin que tu fanal me alumbré,  
Y esa ruín incertidumbre  
No me roa el corazón!

Espíritu soberano,  
Tiéndeme siempre tu mano,  
Y mi afán, mi pensamiento  
Endereza al firmamento,  
¡Oh espíritu tutelar!  
Y en la noche silenciosa  
Si brota mi fé dudosa  
Alguna plegaria impía,  
Con tu aliento defambrosía  
Purificala al pasar.

Ángel cuya sombra adoro,  
Cuyo nombre santo ignoro,  
Cuyo semblante no veo,  
Y en cuya presencia creo,  
Y cuya existencia sé;  
Muéstrame el camino cierto  
De este mundo en el desierto,  
Y ¡guai que sin fin no vague  
Y con los vientos se apague  
La lámpara de mi fé!

## A ESPAÑA ARTISTICA.

## SONETO.

Torpe, mezquina y miserable España,  
Cuyo suelo alfombrado de memorias

Se va sorbiendo de sus propias glorias  
Lo poco que há de cada ilustre hazaña.  
Traidor y amigo sin pudor te engaña,  
Se compran tus tesoros con escorias;  
Tus monumentos ¡ay! y tus historias  
Vendidos llevan á la tierra estraña.  
¡Maldita seas, patria de valientes,  
Que por premio te das á quien mas pueda,  
Por no mover los brazos indolentes!  
¡Sí, venid ¡voto á Dios! por lo que queda,  
Estranjeros rapaces, que insolentes  
Habeis hecho de España una almoneda!

## IRA DE DIOS.

## EL ANGEL ESTERMINADOR.

En un confin recóndito del cielo,  
De una selva viviente circundado,  
Denso y confuso misterioso velo  
Que le tiene del orbe separado,  
Hay un alcázar de azabache, oscuro,  
Que en un hondo torrente ensangrentado  
La sombra pinta de su inmenso muro  
En contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,  
Que en los jardines del Eden murmura,  
En tal lugar estremeció perdida  
Del rudo bosque la hojarasca dura;  
Ni el sol radió con fugitiva lumbré,  
Ni sonó por la lóbrega espesura,  
Ni retumbó la cóncava techumbre  
Mas que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color é inmóvil  
Que aquel recinto por do quier rodea  
Hace el pavor de quien se acerca doble,  
Y doble el caos á quien ver desea;  
Solo se alcanza entre las altas puntas  
Que el recio vendabal nunca cimbréa  
Entre dos torres del alcázar juntas  
Un faro que en la sombra centellea.

Ni sér alguno penetró el misterio  
Que guarda allí la ciencia omnipotente,  
Ni se sabe enyo es aquel imperio  
Donde nunca se oyó rumor de gente;  
Ni arcángel sabio, ni profeta diestro  
De este sitio alcanzó confusamente  
Mas que la lumbré del fanal siniestro  
Y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,  
En este alcázar negro y escondido,  
Donde nunca llegó pié temerario,  
Ni descansó jamás ojo atrevido,  
Ni mas sol alumbró que el rayo rojo  
Del fanal en sus torres suspendido,

Tiene el Señor las arcas de su enojo  
Y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible  
Que al són de aquellas aguas se adormece,  
Y á los ojos de Dios solo visible.  
Al acento de Dios solo obedece:  
Arcángel vengador, del cielo asombro,  
Cuando deja el lugar do se guarece  
El rayo ardiendo y el carcaj al hombro  
Pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento,  
La eternidad existe en su memoria:  
El solo del sagrado firmamento  
Entera sabe la infinita historia:  
Y al solo ruido de sus negras alas,  
A su sola presencia transitoria  
Del firmamento en las eternas salas  
Se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto de furor omnipotente,  
Arcángel torbo que las vidas cuenta,  
Vela de Dios el arsenal ardiente  
Y los ultrages del Señor asienta.  
El carro guarda allí cuya cuadriga  
Relincha con la voz de la tormenta,  
Y allí está con su lanza y su loriga  
La copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible  
El ancho vaso hasta los bordes lleno,  
El tremendo licor incorruptible  
De las iras de Dios; y en su hondo seno  
Se fermenta la esencia del granizo,  
Y de la peste el infernal veneno,  
Y el germen de relámpago pajizo,  
Y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,  
El zumo allí de la cicuta hendida  
La sed del tigre que la sangre huele,  
Y de la hiena la intencion torcida,  
Y allí bulle en el fondo envenenado  
La única de furor lágrima hervida  
Con que lloró Luzbel desesperado  
Su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inespugnable,  
Instrumentos de la ira omnipotente  
Germinan en rebaño formidable  
Las mil desdichas de la humana gente,  
Y los vicios en torpe muchedumbre  
Se apiñan á beber la luz caliente  
De aquel fanal de cuya viva lumbré  
Es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo  
A ejecutar la voluntad divina  
El misterioso espíritu tremendo  
Que en este aleazar funeral domina.  
Arcángel fiero, portador de enojos,  
Ase la copa, y por do quier camina

El aire inflaman sus airados ojos  
Y las estrellas con los piés calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco  
Bajo sus alas cruje; desgrenada  
De armas y quejas con estruendo bronco  
La guerra detrás de él va despenada:  
Y asidas á las orlas de su manto  
Van tras él con la muerte descarnada,  
La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,  
Y la ambicion de crímenes preñada.

El espacio á su vista palidece  
Y entolda su magnífica apariencia:  
El disco de la luna se enrojece,  
Y mancha el sol su fulgurante esencia.  
Do quier las nubes que su sombra evitan  
Se chocan y se chocan con violencia,  
Y cometas do quier se precipitan,  
Présagos ¡ay! de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoleriza,  
Y con gigante voz muge y atruena,  
La planta de sus piés torna en ceniza  
La limpia concha y la esponjosa arena,  
El monte huella y la cerviz le inclina;  
Pisa en el valle y de fétor le llena;  
Y en la ciudad que á perecer destina  
Vierte el licor fatal y la envenena.

Y ese el arcángel fué que inexorable  
Lanzó al desnudo Adán del paraíso,  
Y de su raza en él junta y culpable  
Fijó á la vida término preciso.  
El arrancó en el Gólgota empinado  
El ¡ay! postrero que exhaló sumiso  
El Dios que de la mancha del pecado  
Borrar la sombra con su sangre quiso.

El turbó la insensata ceremonia  
Del pueblo santo ante el becerro impuro;  
Sentenció á Baltasar y Babilonia  
Con tres palabras que pintó en el muro;  
Inspiró al receloso Aescalonita  
El degüello fatal, y abrió seguro  
Nicho á Faraon, que con su gente habita  
Del indignado mar el fondo oscuro.

El llevó el fuego de Alarico á Roma,  
Llevó á Jerusalem á Vespasiano,  
En una noche convirtió á Sodoma  
En lago impuro y en vapor insano.  
Rompió las cataratas del diluvio  
Cegadas al impulso soberano,  
Y encendió las entrañas del Vesubio  
Que busca sin cesar otro Herculano.

Y ese será el espíritu tremendo  
Cuya gigante voz sonará un día,  
Y á su voz de la tierra irá sabiendo  
La triste raza que en su faz vivía.  
La creación se romperá en sus brazos,  
Y cuando toque el orbe en su agonía,

Cuando á su soplo el sol caiga en pedazos,  
¿Qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.

## EL ESCULTOR Y EL DUQUE.

CUENTO

DEDICADO A LA SEÑORA DOÑA MATILDE O-REILLY DE ZORRILLA.

*Nota del autor á su mujer.* Empecé la publicacion de mis poesias conociéndote, y las concluyo con tu nombre. Madrid, Octubre 10 de 1840.

I.

Año de mas ó de menos,  
Si no miente mi memoria,  
Mil quinientos veintidos  
Corren, y una tras de otra  
Por la preferencia luchan  
Las muy esquisitas obras  
Con que un escultor de Italia  
Admira á Sevilla toda.  
Sin dar tiempo á que se olvide  
La fama que uno le cobra,  
Reputacion y caudales  
Siempre la última le dobla.  
Siempre dél espera el vulgo,  
Y siempre el vulgo se asombra  
Al ver al nuevo prodigio  
De su mano creadora.  
No hay rico que no le encargue,  
Ni comunidad por corta  
O pobre que sea, á quien  
Una efigie no se rompa:  
Y habiendo por precision  
De buscar quien la componga,  
Mas vale hacer otra nueva  
Siquiera por la mejora.  
Aquí tienen una Virgen,  
Pero es de mano muy tosca;  
Allí un Crucifijo, y bueno,  
Pero la cruz es muy corta.  
Acá un San Juan de rodillas,  
¡Cosa estupenda! mas sobran  
Dos líneas de la peana  
Y nunca bien se acomoda.  
Allá hay una Magdalena,  
¡Soberbia estátua! ¡gran cosa!  
Mas dicen que por desnuda  
No es imágen muy devota.  
Y así cada cual encuentra  
Pretestos que le ocasionan  
Del taller del Florentino  
La visita rigurosa:  
Y así su fecunda mano  
Sin darse descanso brota  
Para uno un San Aquilino,  
Para otro una Dolorosa.  
Y no es que maña ó agrado

Emplée, pues fama goza  
Que dar crédito pudiera  
Al pirata Barbaroja.  
Alto, vigoroso, altivo,  
Aire audaz, mirada torva,  
Barba crecida hasta el pecho,  
Aliento recio y voz ronca,  
Mejor que artista, parece  
Bandolero, y mas importa  
Guardarse de él, que guardar  
Sus estátuas primorosas.  
Alcanza fuerzas hercúleas,  
Cólera mucha y muy pronta,  
Y son de largo sus hechos  
Lo que sus frases de cortas.  
No se acompaña con nadie,  
Ni á nadie contó su historia;  
Ni los valientes le arredran,  
Ni á los que callan provoca.  
Es con las damas cortés,  
Y aunque frio con las mozas  
No es con ninguna grosero,  
Y retrata á las hermosas.  
Es largo con los soldados,  
Que las armas le enamoran;  
Saluda siempre que alcanza  
Las banderas españolas;  
Y aunque con todos severo,  
Jamás los chicos le enojan,  
Aplauda á los revoltosos  
Y acaricia á los que lloran.  
Lo mismo el sayo se ciñe  
Que se revuelve la cota,  
Lo mismo sacude el mazo  
Que sacude la tizona.  
Y sin que aperciba grande  
Diferencia de uno á otra,  
Lo mismo sierra un madero  
Como una cabeza corta.  
Estranjero, y sin su gente  
Que en su lengua le responda,  
Que le recuerde sus gustos  
O le llore sus zozobras,  
Ni conoce gerarquias,  
Ni distingue de personas;  
Jamás su trabajo lleva  
Quien prodigo no le compra,  
Ni tiene ni quiere amigos,  
Que por esperiencia propia  
Sabe que muy raras veces  
Los que no cansan, no estorban.  
Y si los negros recuerdos  
De sus pesares le acosan,  
Oscureciéndole el alma  
Como tempestades torvas  
Que con negros nubarrones  
Al són del viento se agolpan,  
Con la fatiga del cuerpo  
Los duelos del alma ahoga.  
Y el pensamiento en Florencia,  
La ambicion puesta en su gloria,  
Para vivir solo y triste  
Todo lo demas le sobra.

## II.

En un claustro de un convento  
Como á las tres de una tarde,  
Hay gran reunion de gente,  
Toda atenta y toda grave.  
Tornados tienen los ojos  
Todos á la misma parte,  
Los nobles y el populacho,  
Los soldados y los frailes.  
De cuando en cuando se escucha  
Murmullo y cortadas frases  
De los que no han visto y llegan,  
Y de los que ven y parten.  
Unos dicen ¡brava pieza!  
Dicen otros ¡cosa grande!  
Y se empujan y encaraman  
Los de atrás en los de delante.  
Uno alaba los contornos,  
Lo leve otro del ropaje,  
Otra las manos del niño,  
Otro el rostro de la madre.  
Quién dice que la cabeza  
Es un prodigio; admirable  
Dice otro que es la invencion,  
Citando reglas del arte;  
Y todos al par confiesan  
Que ella es de las mas cabales  
Obras, que á pública vista  
Se han puesto cien años hace.  
El que no entiende ve y calla,  
Y en ver hace lo bastante,  
Que al buen callar llaman Sancho,  
Y sobre ver esto haste.  
Lo mas que á alguno le ocurre  
De los muchos que no saben  
Es, volviéndose á algun monje,  
Preguntar: "¿Quién lo hizo, padre?"  
A lo que con voz sonora  
Dice satisfecho el fraile:  
"Se le encargó á un italiano,  
¡Y es gran cosa! Bien lo vale."  
Como quien dice—; *Se compra  
Porque no habrá quien lo pague!*  
Y el vulgo que atento le oye  
Se queda á oscuras como antes.  
Fuése al fin disminuyendo  
La concurrencia, y la imágen  
Quedó cercada en el claustro  
De unos cuantos personajes,  
Todos ellos gente hidalga  
Si se exceptúan los padres  
Del convento, que les rien,  
Y lo que dieen aplauden.  
Mas entre todos hay uno  
Cuyo exterior respetable  
Decoran altas insignias  
Civiles y militares;  
Que con mirada severa  
Y desabrido semblante  
Mirando estuvo gran trecho  
La escultura venerable.

Y recogidos los párpados,  
Fruncido el ceño, fugándose  
Las miradas de los ojos  
Cual si mucho le pesase  
Que sospechen de la estátua  
Lo que piensa ó lo que sabe,  
Está en situacion confusa,  
Difícil, é inesplicable.  
Mostrarónle una tras otra  
Las bellezas y bondades  
De la estátua, lo armonioso  
De la escultura y lo fácil;  
La espresion y el movimiento  
Del conjunto; y de las partes  
El desempeño y estudio,  
Todo á cual mas estimable.  
Mas él á las advertencias  
Contestando con señales  
De atencion poco espresivas  
Contemplábala el semblante,  
Y á fé que el de la Madona  
Era cosa de admirarse:  
Rostro peregrino y bello,  
En esfigie cuanto cabe,  
Representóla el artista  
Sonriendo al tierno infante  
Que la colocó en los brazos  
A su pecho alimentándose.  
Reia el niño y mirábala,  
Sonreia ella mirándole,  
Y revelaban entrambos  
El placer mas entranable;  
El libando de sus pechos  
Néctar dulcísimo y suave,  
Ella dándole la esencia  
De su purísima sangre.  
Y en situacion tan sencilla,  
Verdadera, é inefable,  
Que era imposible sin lágrimas  
A sangre fria miralles.  
Por último, anocheciendo  
Y necesaria faltádoles  
Luz, se apartaron del claustro  
Los hidalgos y los frailes.  
Cerraron cu dosamente  
La puerta con dobles llaves,  
Y hasta el pórtico salieron  
Tras el frio personaje,  
Que devolvió sus saludos  
Con atentos ademanes,  
Como quien tal los merece  
Y harto en recibirlos hace.  
Quedaron en pié los monges  
Hasta que volvió la calle,  
Y él dió el brazo á un caballero  
Que deja que le acompañe.

## III.

Cerraba espesa la noche  
Fria, y amagando lluvia,  
Por lo que aprietan el paso  
Y los embozos se cruzan.

Y entre el rumor de sus huellas,  
Entrecortada y confusa  
De los dos nobles á trozos  
La conversacion se escucha.  
"¿Qué os ha parecido, duque?"  
—Esquisita es la escultura.  
—Mucha atencion la pusisteis.  
—¿Lo echasteis de ver?  
—Sin duda.  
—Mas de una hora habeis estado  
Delante de ella.  
—Me gusta  
Y os lo confieso, marques,  
A estar hoy en venta pública.....  
—¿Eso os detiene? pedidla.  
Vos sois en Sevilla....

—Nunca;  
Eso fuera prevalerme  
De mi posicion; segura  
Mi ganancia, y pues los monjes  
La obra encargaron, ya es suya."  
Siguieron cruzando calles,  
Tomando señas en unas,  
Equivocándose en otras  
Como quien camino busca,  
Y al cabo de muchos pasos  
Y equivocaciones muchas  
Llegaron frente una casa  
De una callejuela oscura.  
"Aquí vive, dijo el duque  
—¿Quién?  
—Alabo la pregunta.  
—¿Me habeis dicho adónde vamos?  
—¿No?

—No.  
—Pues muy oportuna  
Es la ocasion para verlo."  
Y á una violenta y ruda  
Aldabonada la puerta  
Estremecida retumba.  
Oyéronse en la escalera  
Pasos, y por las junturas  
Penetró la luz movable  
Con que por dentro se alumbran.  
"¿Quién es?" preguntó dulcísima  
Una voz suave que anuncia  
Una mujer, cuya forma  
Aun á la vista se oculta.  
"Hidalgos,—dijo el de fuera.  
—¿Y á quién los hidalgos buscan?  
—Al escultor Torrigiano.  
¿Vive aquí?

—Sin duda alguna."  
Se abrió la puerta, y entrando  
Los dos hidalgos á una,  
Sus dos ánimas quedaron  
Estupefactas y mudas.  
Y aunque espresion muy diversa  
Muestran sus rostros, acusan  
Los dos el asombro interno  
Con que sus afectos luchan;  
Y á fé que asombro merece  
Lo que á contemplar se agrupan,

Lo que aun á creer no aciertan  
Pasmados de la aventura.  
Porque asida al picaporte  
Y á la luz trémula y turbia  
De una bujía, que al soplo  
Del aire brilla insegura,  
Delante sus ojos tienen  
Bella aparicion nocturna,  
De la Madona del claustro  
La exactísima figura.  
Aquel peregrino rostro,  
Aquella trenzada y rubia  
Cabellera, aquellos ojos  
Que al cielo el color anublan,  
Aquella sonrisa de ángel  
Tan celestial y tan pura  
Aquellos brazos tornátiles,  
Y aquellas manos menudas,  
Son ¡vive Cristo! las mismas  
De la divina escultura,  
Y ello será brujería,  
Pero ambas á dos son una.  
Mirábanse el uno al otro  
Los hidalgos, y confusa  
Mostrábase ella, su espanto  
Sin saber á qué atribuya,  
Hasta que el duque el embozo  
Bajando, la faz ceñuda  
Mostró á la luz, y la niña  
Conociéndola se turba.  
"¡Hola! (dijo aquel sabiendo)  
Mucho de casas te mudas."  
Y ella contestó cerrando:  
"Ya veis, don Juan, que era mucha  
La esposicion de vivir  
A solas con mi fortuna.  
—¡Hém! dijo el duque lanzando  
Una tos seca y profunda,  
No es mala tu compañía  
Si mucho tiempo te dura."  
Y mascullando otra tos  
Que la garganta le anuda,  
Llegó á una sala cuadrada  
Donde el Florentino estudia.

Púsose en pié el escultor,  
Y arrimando dos sitaliaes,  
Escusó ceremoniales  
Hablando en este tenor.

TORRIGIANO.

¿A qué fortuna merezco  
El honor de esta visita?

DUQUE.

A un señor que necesita  
Una obra, y os la ofrezco.

TORRIGIANO.

Acepto, si la sé hacer  
A gusto de esa persona.